



AÑO III

→ BARCELONA 30 DE JUNIO DE 1884 →

Núm. 131

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DIEZ Y OCHO ABRILES, cuadro por J. de Beers

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—ESMERALDA (*Continuación*), por don Francisco Lezcoitia.—LA BELLEZA, por don E. de Lustonó.—LA CIENCIA ANTIGUA, por don J. Echegaray.

GRABADOS: DIEZ Y OCHO ABRILES, cuadro por J. de Beers.—LOS CÓMICOS DE LA LEGUA, cuadro por J. Grutzner.—MERIENDA CAMPESTRE, cuadro por M. Volkhart.—APACENTANDO UN REBAÑO, dibujo por B. Galofre.—EL CHARLATAN, cuadro por B. Ferrandiz.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA VÍSPERA DE LA FIESTA DE LA ASUNCION EN ROMA, cuadro por Enrique Serra.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Cómo sube el termómetro.—Trabajo en el campo.—Trabajo parlamentario.—Espigas que caen.—El veraneo.—Galicia.—El poema de las montañas y las olas.—Un libro acerca de Shakespeare.—El genio burgués.—Marruecos y Egipto.—La diplomacia, la guerra y las pirámides.—Cosas de caza.

El calor aprieta, al mismo tiempo que los debates políticos del Congreso dan comienzo. Los leones de bronce del palacio de la Representación Nacional sienten fundirse sus entrañas y bostezan, dispuestos a renunciar su destino —el de guardar aquellas dos almondiguillas de metal, que simbolizan dos mundos.

El diputado rural que tiene un millar de duros a la sombra y un millar de fanegas de tierra sembrada al sol, piensa con tristeza en que va a empezar la cosecha, y que sus jornaleros, huérfanos de la tutela señorial, arrancarán tristemente al surco su rubio penacho de tallos.

El segador, armado de la hoz, practica en los campos la nivelación proclamada por los modernos filósofos. Por desgracia de la humanidad no es sólo cabezas de espigas, de esas en cuyas aristas se detiene el rocío, no es sólo cabezas de espigas lo que ha caído al suelo esta semana

* * *

Empieza el veraneo, siendo de advertir que ahora va siendo de moda hacer durante el estío una visita a Galicia. Dos nuevas líneas férreas se inaugurarán allí en el mes próximo.

¡Galicia! Este nombre hace revivir dentro de mi memoria la de un pueblo sufrido héroe del trabajo, experto cultivador de frondosos campos, hábil mareante de la más peligrosa costa del mundo, minero, pescador y que lleva en el fondo de su alma como raíz de su ser, un sentimiento de infinita poesía, algo indefinido ó indefinible que participa de la vibración de los patrios bosques agitados por el Sudeste, del acre perfume de sus mares, del encanto de sus blancas casas, esparcidas entre castañares, del melódico timbre de su suave pronunciación toda llena de vocales y monosílabos; país dotado de todos los prestigios de una naturaleza espléndida, aislado por sus mismos encantos, por aquellas montañas que suben desde las riberas de sus rías hasta la región de las nieves y de los pájaros; pueblo a quien no debe España un día de luto ni una hora de sangre, desconocido y menospreciado y que obtiene fama, no ya injusta, sino infamante, de torpeza, cuando es una de las regiones de España más fecundas en poetas y artistas. Había de sonar para él un día de redención, un día de justicia, y ese día no podía ser otro que aquel en que se abrieran las puertas de Galicia, el en que la ciencia franquease el paso de sus inaccesibles montañas.

Galicia estaba aislada, separada del resto de España. No tenía otra salida para ver el mundo sino la que le brindaban las alas de lino de sus barcos. Mientras otras provincias, ingratas a España, obtenían favores, mercedes y riquezas y la locomotora surcaba sus campos y las carreteras dividían en anchas sendas sus terruños, Galicia era relegada al olvido. Años y más años costó que la línea férrea llegase a Brañuelas, pero allí la detuvieron la quiebra de la empresa concesionaria y los colosales montes que se elevaban como muralla imposible de franquear. Para seguir era preciso derrochar el oro. No bastaba tender los rails sobre los terraplenes: era preciso crear el camino, afirmar el piso, unir las orillas de un abismo, tender un puente sobre cien ríos, un viaducto desde la cima de una montaña al picacho de una roca: faena de gigantes, muy superior a las fabulosas de Hércules y Teseo.

La ciencia lo puede todo hoy sobre la tierra y no reconoce imposibles.

Al ver estas dificultades tenidas ayer por insuperables; quién hubiese osado acometerlas a no contar con el vapor, con la electricidad, esos dos obreros impalpables que vibran en medio de los Océanos y palpitan en medio de los aires! Hoy están realizadas, concluidas, coronadas por el éxito más felice y cabe a Galicia el derecho de un día de júbilo.

* * *

Entre los libros que últimamente he recibido figura uno que se titula: *Vuelos de gallina alrededor de un águila ó escarceos de un admirador alrededor de Shakespeare*. Su autor, el poeta sudamericano J. H. Suarez, aunque ha tenido insigne mal gusto al escribir aquel título, revela algún ingenio. Pero no es esto lo que da importancia al libro; sino el contener muy curiosas noticias del genial dramaturgo, de su vida y familia. Los documentos que publica este volumen presentan a Shakespeare como un hombre práctico, de espíritu comercial, muy apegado a su familia y al tibio ambiente de su casa.

Maravilla el saber que bajo aquel estilo tempestuoso

dormía un buen sentido de burgués práctico, amante del bienestar material. Shakespeare crea una familia, la honra. Desde la edad de treinta años había reunido bastantes economías para comprar en Stradford una casa con dos granjas y dos jardines. A sus profesiones de autor y actor une el lucro de empresario de teatros y director de escena. Sucesivamente, y al mismo tiempo en que crea las más hermosas páginas de su repertorio, se le ve adquirir una parte de propiedad en los teatros Blakfriars y del Globo, comprar grandes extensiones de terreno: casar su hija Susana y acabar por retirarse a su villa natal sin parecer cuidarse mucho de su gloria literaria; es más, desdénandola, pues no se ocupó siquiera en dejar un libro que facilitase el exámen y la admiración de las generaciones futuras. Una de sus hijas casó con un médico, la otra con un comerciante de vinos, la segunda ni sabía firmar, la primera lo hacía muy mal. Estos datos prueban un olvido del mundo espiritual tal vez poco simpático hoy, pero que revela una aquiescencia a la sociedad en que vivía, donde el bienestar mercantil y la *respectability* del dinero se sobreponían a todos los demás prestigios morales. O acaso consiste,—y esto lo dice uno de los mayores críticos del siglo,—en que por el cuerpo y por el espíritu, este gran poeta, era de su generación y de su siglo; que en él, como en Rabelais, en Ticiano, en Miguel Angel y en Rubens, la solidez de los músculos, hace equilibrio a la sensibilidad de los músculos; que en aquellos días, florecientes y poderosos para el linaje humano, el genio era una verdad del alma, no una enfermedad incurable como la perla lo es de la madreperla.

* * *

La cuestión preferente por lo que se refiere a política internacional es la complicación diplomática a que puede dar motivo la actitud de Francia respecto a Marruecos. España tiene en aquella tierra abrasada por los rayos brillantes del sol meridional y por los rayos del sol negro de la barbarie, dos misiones, una, la salvaguardia de los intereses materiales, el cuidar para lo porvenir de que esa tierra sea el nuevo mundo del siglo xx; otra misión, la de conservar las hermosas tradiciones de la guerra de Africa.

Otra cuestión diplomática pendiente: la eterna cuestión de Egipto. Este desgraciado país, al cual le sucede lo que a la aristocracia y a la patata, que todo lo que tienen bueno está debajo de tierra, atraviesa una crisis vergonzosa.

Cuando el cólera devoraba carne humana en Egipto y parecía decidido a no dejar allí más que las pirámides y los huesos, un sabio doctor alemán, cuyo nombre no hace al caso, pues todos ellos, a más ó menos, se llaman lo mismo, dijo que el cólera es el gran regenerador de la especie humana porque ataca a los seres débiles, enfermos y mal conformados y sólo deja vivos a los fuertes. Discutible es el aserto; pero claro está que toda dolencia epidémica empieza por llevarse los enfermos y después se lleva los sanos.

Egipto parece indicado para ser el gran cebadero de esa fiera del Ganges. Hay allí rebaños de fellahs, especie de hombres que sin pan, sin un guinapo que los cubra, sin una choza que los albergue, arrastran una existencia miserable y desventurada.

En aquellas soledades abrasadas por el sol, contéplase frente a frente la momia del Faraon, envuelta en olorosas y ricas telas, circundada de alhajas, y el *fellah*, cubierto de lepra, sin cultura, sin religión. Yacen juntos y se diría que hay más vida espiritual en la momia, cuya perpetuación consigue el arte conservándola para algún supremo día de alborozo celestial con todos sus atractivos carnales, que en el *fellah* roído de gusanos que, acurrucado al sol, ni se mueve para buscar una sombra ni da un paso para ganar su sustento. Es el pueblo de lodo que descende de Adán a través de una degeneración purulenta en la que sus facultades morales se han desvanecido. ¡Corrientes de civilización y enseñanza! ¿bastarían a regenerar a esta triste nación que tiene todos sus esplendores debajo de tierra, enterrados en las pirámides? Acaso no. ¿Y la guerra,—ese cólera diplomático,—podría con sus terribles efusiones de sangre vigorizar la anémica existencia de Egipto? ¿Quién sabe? El problema permanece insoluble para los hombres de Estado. Cuando la peste bubónica que hoy diezma aquella región de esclavos, se vaya, lo que quede allí, si queda algo, ¿será susceptible de mejora? ¿Quién lo sabe!

* * *

Anécdotas de caza.—Cierta propietario quiso ofrecer su casa de campo al rey Carlos IV.

—Señor, encontrareis allí—le dijo—tanta caza como en vuestra mejor posesión.

El rey aceptó la invitación.

Partió la régia comitiva y llegó al cazadero. Por todas partes se veían perdices que corrian sin volar: el labrador había hecho coger muchas de estas aves y las había soltado cortando las plumas de un ala. Hombres ocultos entre las ramas tenían liebres y conejos encerrados en sacos y los hacían escapar delante del rey.

Los placeres de los poderosos de la tierra, son muchas veces así, tan fáciles y ridículos.

Pero al ver a los ilustres cazadores en uno de esos descansos de la cacería, comiendo en improvisada y bien surtida mesa, no falta quien desee ocupar en ella un lugar, y acerca de la industria más eficaz para colarse como invitado en estas misas mayores del estómago nada hay tan

chusco como el lance que el duque de Saint Simon refiere en sus memorias.

El duque de Crillon casaba a su hija y la daba *rien mil* escudos de dote. Alrededor del palacio había la animación consiguiente, y por las ventanas de la cocina salían olores estimulantes capaces de excitar el apetito de una estatua de piedra. Un abate se paseaba por la plaza de Avignon presenciando estos preparativos y pensando cómo a pesar de su condición humilde sería de los invitados a la comida. Al fin se le ocurrió una idea, llamó a la puerta del palacio y dijo que quería ver al duque.

—Hoy no es posible.

—Se trata de hacerle ganar cincuenta mil escudos, y mañana sería demasiado tarde.

Esta razón fué convincente. Introdujeron al abate en el salón ducal en ocasión en que comenzaba la comida. El duque le dijo:

—¿Qué es ello?

—Necesito hablar con V. E. durante media hora.

—Ya veis que no es posible, la comida está empezada...

Sin embargo, puesto que se trata de asunto tan interesante, sentaos a mi lado, comed con nosotros y me habláis entre tanto.

El abate se sentó y comió como él sabía hacerlo. Cuando la comida terminó, el duque, cansado de aguardar una explicación, llamó aparte al abate y le preguntó:

—Deciais que me podiais hacer ganar cincuenta mil escudos... ¿Cómo es eso?

—Creo que dais al que se casa con vuestra hija *rien mil* escudos de dote.... pues bien, yo tengo un hermano que se casaría por la mitad.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

Diez y ocho abriles, CUADRO POR J. DE BEERS

La juventud y la belleza siempre tentarán el pincel del artista. Infinitos pintores han reproducido infinitas mujeres hermosas y continuarán reproduciéndolas por los siglos de los siglos. Las feas pueden estar tranquilas: la posteridad no se reirá de su desgracia. Esta predilección se explica muy fácilmente.

La misión del arte es la manifestación de la belleza física por medio de la forma, como la misión de la poesía es la manifestación de la belleza del pensamiento por medio del estilo. La belleza física puede existir en todos los reinos de la naturaleza y, tratándose del ser racional, puede existir en uno y otro sexo. Pero, dígame lo que se quiera, la belleza de la mujer será siempre más simpática para el arte, que por cada Adonis ha producido cien Vénus y por cada Apolo una legión de ninfas y de musas.

El pintor Beers ha tenido la buena suerte de dar con el original de ese cuadro y el buen gusto de trasladarlo al lienzo. Nosotros lo reproducimos gustosos porque, francamente hablando, lo bello femenino nos encanta de tal suerte que sin titubear uniríamos nuestro voto al del Areópago: no sabemos figurarnos que un cuerpo hermoso pueda ser albergue de la perversidad. Respétese nuestra ilusión, si lo fuere, de que rindiendo homenaje a la hermosura, se lo rendimos simultáneamente a la virtud.

Los cómicos de la legua, CUADRO POR J. GRUTZNER

Los cómicos de la legua son, en la familia humana, una especie que tiende a desaparecer. El arte no perderá gran cosa con ello y la humanidad ganará no poco, algo así como sacando ánima del Purgatorio.

Purgatorio es con efecto, para esas almas encerradas dentro de un cuerpo que el hambre hace transparente, el destaralado cobertizo ó la rústica cuadra donde se instala el transitorio coliseo. Allí es de ver la metamorfosis que se opera en aquellos asendereados artistas, músicos y danzantes sucesivamente, que pasan por todas las formas, fases y condiciones de un programa que tumbaría de espaldas a Salvini. El director, gerente y *pater familiae* de la compañía, comienza por ser arquitecto que preside la instalación, expendedor que despacha las localidades, jefe de orquesta cuyo cornetín resuena hasta la última choza de la aldea, cónsul de la república del Latio, caballero, rey ó emperador de la Edad media, primer bailarín a solo, y en casos apurados oso de los Pirineos ó monstruo del Apocalipsis. A su tenor puede juzgarse de las transformaciones a que están sujetas las partes secundarias; que apenas son parte a una parte de la exigua pitanzas comun.

¡Pobres gentes!... Son bien dignas de compasión...

En la Roma antigua, y aún en muchas poblaciones que ni son antiguas ni tienen la importancia de Roma, existió la clase de las *lloronas*, que concurrían a los entierros y recibían salario para figurar un dolor que no sentían. Era un oficio bien poco digno de envidia, porque no ha de ser agradable poco ni mucho eso de afectar desesperación cuando la alegría retoza por todo el cuerpo. Pues ¿cuánto no es más digno de compasión el cómico de la legua, que ha de provocar la risa de los zafios ó excitar el sentimiento de los imbéciles, para ganar el pan, nada más que el pan, de cada día?

¡Y cuando uno piensa que a esa desdichada clase pertenecieron nuestro famoso Lope de Rueda, el fundador del teatro español, y Molière, el padre de la comedia francesa!...

Merienda campestre, CUADRO POR M. VOLKHART

Realmente el sitio está bien escogido: la sombra de esos árboles corpulentos, la verde alfombra del crecido césped, el rumor del manso arroyo, la vistosidad de las pintadas

flores, el aroma de los silvestres arbustos y el blando céfiro que lo mismo juguetea entre las flexibles cañas que entre los rizos de oro de esas damas elegantes; todo invita a saborear los delicados manjares que una mano inteligente ha dispuesto con exquisita prevision. Nuestro cuadro, pues, tiene un lugar de escena apropiado y el artista ha cumplido en este punto una de las más interesantes partes de su empeño.

Respecto de los personajes, están bien agrupados y expresan la animacion y placer que experimentan en ese acto, animacion que no degenera por cierto en licencia, como ocurre frecuentemente en los cuadros descriptivos de banquetes al aire libre. Desde el gloton del primer término que devora con la vista los manjares y a quien tarda la hora de emitir su clásica opinion acerca de la ciencia del cocinero, hasta los dos ancianos que forman la última pareja y que probablemente discurren acerca de si podia perderse ó no la batalla de Lérida, todas las figuras están bien trazadas, imprimiendo al cuadro la animacion que requiere el asunto.

En verdad que el buen humor de la comitiva causa envidia y que le dan á uno tentaciones de hacer presente á los comensales que siendo, como son, trece, el número fatal, podrian salir del paso invitándonos á desempeñar el papel de número catorce.

Apacentando un rebaño, DIBUJO POR B. GALOFRE

Galofre es no sólo un genio, sino una genialidad: sostiene dentro del arte teorías que la generalidad no profesa, y entre ellas la de que los lienzos muy acabados, los cuadros que pudiéramos llamar miniaturas grandes, dicen poco en alabanza de su autor. Para Galofre las simples indicaciones son bastante; lo que no está en la composicion, deben verlo, á pesar de todo, los espectadores; pero deben verlo á favor del dibujo correcto, aunque abrutado, y de un color aplicado magistralmente, siquiera no tenga la gradacion, la suavidad y el lamido que tanto preocupan á la mayoría de los pintores.

Ejemplo de esta teoría es el dibujo que publicamos, verdadero apunte de un artista; pero del cual puede decirse que, así como una anécdota puede contener un drama, un simple apunte puede contener un cuadro.

El charlatan, CUADRO POR B. FERRANDIZ

En el comedor de una alquería valenciana, ante una amigable tertulia de labradores presidida por el buen cura de la parroquia, el charlatan repite por milésima vez el discurso en que basa su reputacion, ó mejor dicho, la de su infalible cúralo-todo. Con los textos de unos historiadores que él solo conoce y los hechos de unos Anales que á placer se inventa, os demostrará que si los cuerpos de los Faraones permanecen incorruptos, y si Sanson tenia la cabellera que todos sabemos, y si Cleopatra sedujo con su hermosura á Marco Antonio, y si Matusalen vivió novecientos años y si Julio César no pilló un reumatismo al pasar el Rubicon, se debe al imponderable específico que únicamente el charlatan expende, el cual, á mayor abundamiento, es infalible para matar ratones y quitar manchas.

El auditorio del cuadro de Ferrandiz no parece muy dispuesto á comulgar con semejantes ruedas de molino; pero no ha de faltar en la casa ó en el pueblo algun mortal bonachon para dejarse seducir por la fraseología del Dulcamara.

Este lienzo es recomendable por la naturalidad de los personajes, tipos todos ellos perfectamente relacionados con la figura principal.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

La víspera de la fiesta de la Asuncion en Roma, CUADRO POR ENRIQUE SERRA

Predique cuanto quiera el ateísmo, los pueblos sentirán siempre la necesidad de creer en la influencia decisiva de Dios en las cosas de la tierra. Se desterrarán unas prácticas, pero será para sustituirlas con otras prácticas; y en último resultado, se dejará de rendir culto á Dios, así llamado; pero se tributará al *Ser Supremo*.

El pueblo romano hace, en este punto, ni más ni menos que los demás pueblos; y siendo pastor y agrícola por excelencia, implora á Dios para que bendiga sus cosechas, manifestacion religiosa verdaderamente laudable, pero no exenta de todo egoísmo.

Enrique Serra ha presenciado esa especie de rogativas; y por ser ellas típicas, y por tener lugar en la típica campiña romana y bajo ese cielo típico, que parece hecho expreso para confundirse en el horizonte con la cruz de San Pedro y el ángel del panteon de Agrippa; ha dibujado un cuadro impregnado de poesía mística, la poesía que mejor sienta á los alrededores de Roma, donde las ruinas de las obras humanas parecen argumentar en pro de la única obra permanente, la obra de Dios.

ESMERALDA

POR DON FRANCISCO LEZCOITIA

(Continuacion)

—Quisiera ver á mi hija.

Mandé llamarla. Al verme tan preocupado se sorprendió. Aquí omito detalles dolorosos. Esmeralda ó Victoria,

pues yo siempre la llamaré Esmeralda, á pesar del tiempo transcurrido, reconoció á su padre: ambos se parecían mucho en la expresion y nobleza de las facciones. En fin ¿qué me resta ya que decir á Vds.? nada más sino que Esmeralda se fué con el autor de sus dias y que nuestra despedida costó una enfermedad á mi pobre mujer.

Padre é hija me hicieron mil ofertas que rehusé. Dejaronme las señas de su banquero en Londres. Pero desde aquel funesto dia la fortuna me abandonó por completo: me he quedado sin artistas, sin caballos, sin utensilios, y lo que es peor, sin esperanza.

V

Al día siguiente el marqués de Valdecarrizo y su primo fueron invitados á una cacería en la sierra de Córdoba, donde pasaron una semana.

De regreso á la ciudad, fué grande su asombro al leer en los carteles que anunciaban la funcion del circo ecuestre los siguientes párrafos escritos en descomunales caracteres: «La empresa agradece á los favores del respetable é inteligente público cordobés, ha contratado á fuerza de sacrificios y por un corto número de funciones á la célebre amazona...»

SEÑOR TA ESMERALDA

que comparte con Madme. Loyo y Madme. Tampé el cetro de la ciencia hípica y del arte ecuestre.»

No bien los dos primos sacudieron, digámoslo así, el polvo del camino, y media hora ántes de la funcion, acudieron á las cuadras y vestuarios del circo en donde reinaba extraordinaria animacion.

Apénas los vió M. Lambé, corrió á ellos y con inequívocos signos de extremada satisfaccion,

—Ya está aquí, ya está aquí,—les dijo:—esta noche hace su *debut*.

—Ya lo sabemos, querido M. Lambé. ¿Pero cómo ha sido eso?

—No acierto á explicármelo, señor marqués: el acontecimiento me tiene todavía aturdido. Uno de estos últimos dias, por la mañana, estaba yo ensayando: de repente se presenta una señora con el velo del sombrero echado sobre el rostro, me abraza, me da dos sonoros besos, se alza el velo y por poco caigo á la arena al reconocer á Esmeralda.

—¿Tú?—exclamé—¿tú aquí?

—Ya lo veis.

—¿Y tu padre?

—Arruinado y caminando otra vez hácia la India.

—¿Dejándote sola?

—No, con una prima suya, vieja y que apénas tiene para vivir. No he querido serla gravosa y vengo á trabajar con V.

—¡Ay hija mia! ¡en qué mala ocasion! No sé si tendré caballo que destinarte ni si podré hacerte un traje. Estoy arruinado.

—No te inquietes por eso, papá Lambé, yo tengo trajes y dos caballos.

—Y en efecto, Esmeralda traía dos caballos—prosiguió el director:—vengan Vds. á verlos.

El marqués y su primo fueron á la cuadra con M. Lambé y examinaron como inteligentes los dos hermosos animales que este les mostró. Uno de ellos era saltador de obstáculos, ruso, excesivamente largo de remos y de pelo encrespado. Se asemejaba á un ciervo en la altura de su cuarto trasero y tenia el cuello prolongado y flexible.

—Con este caballo—observó el director,—Esmeralda podrá saltar barreras de tres metros.

—¿Y resistirá al desazonamiento?—preguntó el primo del marqués.

—Seguramente. No saben Vds. lo que es Esmeralda. Saltará con *Persa* y saltará con el corcel del diablo. Este otro caballo, segun parece, se llama *Orion*—prosiguió M. Lambé, señalando á uno inglés, admirable, lleno de armonía en sus remos, nervioso, y fino como el satén: tenia la cabeza árabe, y los jarretes normandos.

—Este animal es de gran valor—dijo el marqués;—lo ménos ha costado ocho mil duros. ¿Cómo el padre de esa jóven no le ha vendido puesto que está arruinado?

—Eso mismo la he preguntado yo, y me ha contestado que á fuerza de ruegos habia conseguido del cariño paternal este valioso y último regalo.

VI

Fácil es comprender el interés con que el marqués y su primo asistieron aquella noche á la funcion del circo ecuestre.

En la primera parte, Esmeralda debia ejecutar ejercicios de saltos con *Persa*, y en la segunda montar á *Orion* á la alta escuela.

El circo estaba casi lleno de espectadores. El pomposo anuncio de los carteles habia hecho efecto, y además por una feliz casualidad aquella noche lloviznaba, cosa rarísima en Córdoba durante el mes de junio, y los paseantes nocturnos se veian privados de la diversion de tomar el fresco en el Gran Capitan.

A las nueve, Esmeralda se presentó en la arena del circo.

Vestia un traje de capricho, estilo de Luis XV. Llevaba un sombrero tricorno galoneado de oro, peluca empolvada y algunos lunares en las mejillas; así es que no podia juzgarse completamente de la expresion de su fisonomía. Pero los ojos, como habia dicho M. Lambé, despedían fuego.

Al practicar un peligroso ejercicio dió muestras de un arrojo sorprendente; y era de admirar aquella frágil criatura dominando á su gigantesco caballo y haciéndole saltar barreras inverosímiles. Veíase al animal doblarse sobre sus jarretes é ir á caer al otro lado del obstáculo, y á la amazona, despues de resistir á aquella conmocion tremenda, casi clavada á los arzones, saludar graciosamente al público con su mano enguantada.

En Córdoba hay muchos inteligentes, pero pocos podian apreciar como el marqués y su primo la notable seguridad y limpieza del trabajo de Esmeralda. Aplaudian con entusiasmo. Efectivamente, la jóven amazona era un complemento de Madme. Loyo y de Madme. Tampé; tenia la temeridad flexible de esta y la elegante destreza de aquella.

Una hora más tarde, volvió á presentarse montando á *Orion*. Vestia el traje natural de *ecuyère*; sólo que en vez de sombrero alto, llevaba uno á lo mosquetero, con plumas. Sus cabellos partidos sobre la frente se unian por detrás en un conjunto opulento y sus negros y brillantes ojos iluminaban su rostro pálido, activo y melancólico. Ejecutó los difíciles ejercicios con la misma científica habilidad que su maestro M. Lambé, pero con más facilidad y distincion; parecia que el caballo sentia la influencia encantadora de la mujer. Esmeralda no le obligaba, le guiaba con indicaciones de espolazos, con movimientos de fusta é inflexiones de cuerpo. Un ligero sudor salpicaba apénas la lustrosa piel de *Orion*, que sacudia de vez en cuando su ondulante crin lanzando relinchos comprimidos de alegría.

En esta ocasion el entusiasmo fué unánime; el público estaba electrizado.

Despues del ejercicio, y no bien pudieron ser presentados por M. Lambé á la intrépida amazona, el marqués y su primo la felicitaron con efusion.

Gracias á la presentacion de la nueva *ecuyère*, las entradas aumentaron algo, pero no tanto como esperaba el director. En provincias la curiosidad y la admiracion duran poco.

Nuestro protagonista y su pariente, sumamente aficionados é inteligentes, veian trabajar á la artista con mayor interés cada dia. Sucedia con frecuencia que Esmeralda, en mitad de su trabajo, paraba en seco á su caballo delante del marqués y de su primo. La segunda noche aquel habia llevado un ramo para arrojárselo á la amazona, pero como esto es poco galante tratándose de una dama que está á caballo, se puso en pié y en una de las paradas se le dió saludándola.

Esta galantería se hizo costumbre, y la escena del ramillete formó, hasta cierto punto, parte del programa de la funcion.

VII

Aunque estas flores ofrecidas y aceptadas eran una especie de relacion tácita entre ambos jóvenes, nunca habian tenido ocasion de hablarse á solas. El director vigilaba á Esmeralda constantemente. Sólo una noche, pasado algun tiempo, al terminarse la funcion con una pantomima, Esmeralda estaba sentada como espectadora en las primeras sillas, y el marqués, creyendo ver que ella le invitaba con una mirada, fué á sentarse á su lado.

Hablaron hasta que terminó el espectáculo.

No es posible decir si Carlos (este era el nombre del marqués) estaba enamorado de la mujer ó entusiasmado por la artista. Cuando hablaba de Esmeralda con su primo, ponderando su destreza, elegancia y talento, éste se sonreía.

Verdaderamente, todo en la jóven amazona era distinguido y singular.

Hospedábase en la fonda de Susini, y se hacia acompañar siempre por un viejo criado á quien no se podia sacar nunca la palabra del cuerpo; tipo del servidor inglés que participa hasta cierto punto del orgullo y reserva de sus amos. El marqués tenia una imaginacion ardiente y novelesca y no se resignaba á admitir que la *novela de Esmeralda*, contada por M. Lambé, tuviera un desenlace tan sencillo y tan prosaico.

Sentia vivos deseos de visitarla, pero no se decidia, pues creia adivinar que á la intimidad que él solicitaba, ella oponia obstáculos y los dejaba entrever.

Una noche los dos primos supieron en el circo que Esmeralda se habia quedado en la fonda, algo indisputa, y con este motivo ó pretexto se decidieron á ir á verla. Hicieron pasarla sus tarjetas y fueron recibidos.

Esmeralda no se mostró sorprendida ni disgustada, y les hizo los honores de la velada con la mayor naturalidad.

Abordaron bastantes temas de conversacion y en todos demostró aquella una elevacion en su sentido tan recto, que les dejó encantados.

Se habló de viajes y de países y el primo del marqués dijo:

—¿Cuánto envidio á Vds. por lo que han visto y observado! Yo que no he salido de España!

—No lo sienta V. demasiado—observó Esmeralda.—Entre la vida sedentaria y la errante que yo llevo, prefiero la primera. Me voy convenciendo de que la verdadera felicidad, si existe en alguna parte, no es ciertamente en la continua exhibicion y movimiento.

Carlos la escuchaba conmovido.

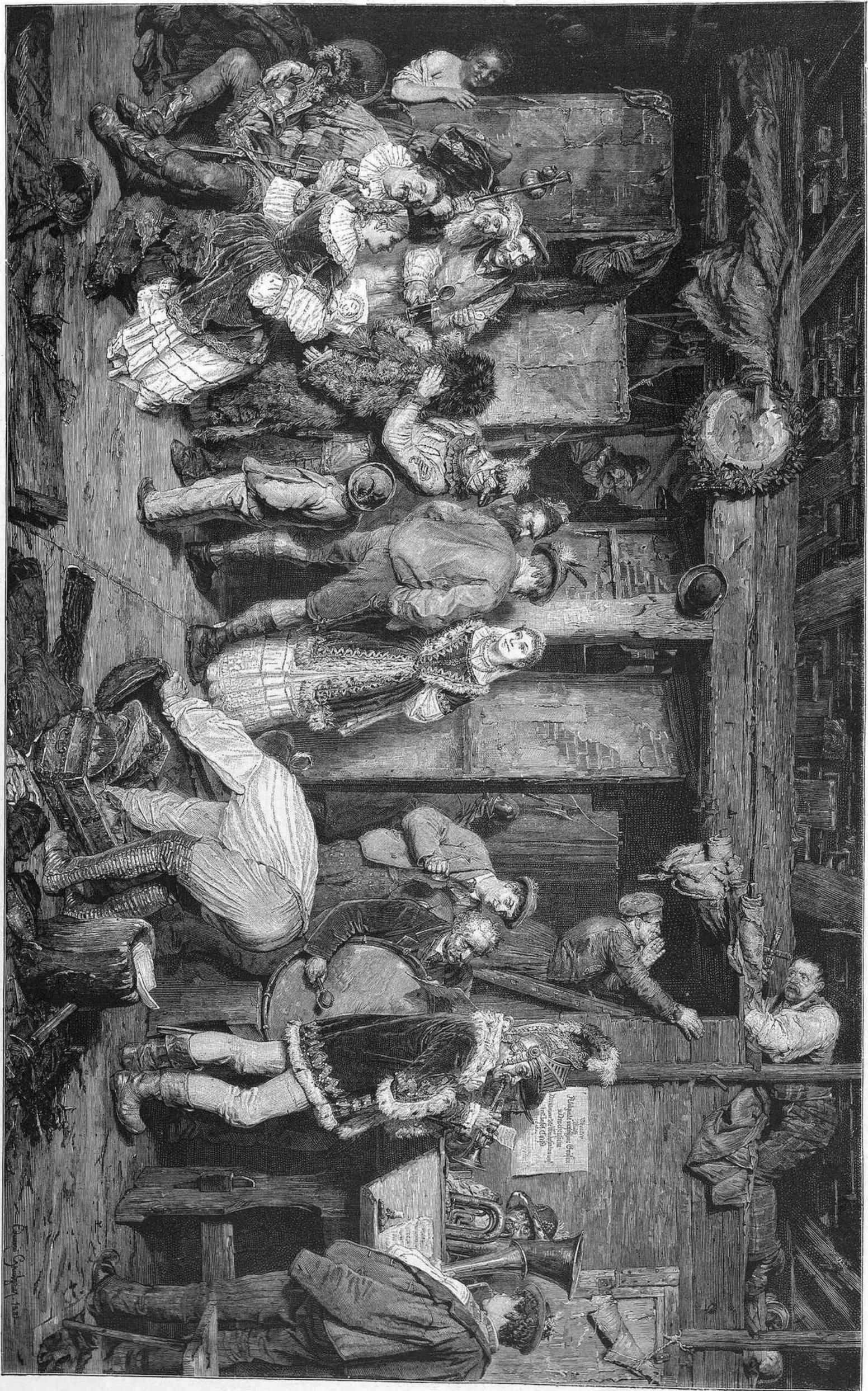
Ella se levantó, se aproximó al piano y comenzó á teclear distraidamente.

—¿Debe V. saber música, como lo sabe todo?—preguntó el primo del marqués.

—No todo, por desgracia; algo de varias cosas.

—¿Que va V. á tocar?

—Lo que Vds. quieran y yo sepa.



LOS CÓMICOS DE LA LEGUA, cuadro por J. Gritzner



LA VÍSPERA DE LA FIESTA DE LA ASUNCION EN ROMA, DIBUJO DE ENRIQUE SERRA

—El último pensamiento de Weber.
—Bueno. Lo sé por casualidad.
Tocóle con una expresión de profunda tristeza. Al acabar dijo:
—Parece un adiós a la vida y a la felicidad....
Cuando los dos primos salieron de la fonda, Cárlos estaba perdidamente enamorado.

VIII

Dos días después supieron que la compañía ecuestre se ausentaba de Córdoba, y que sólo daría tres funciones de despedida.

Aquella noche trabajó Esmeralda excediéndose a sí misma. Según costumbre, se sentó en una silla a ver la pantomima final. El marqués se colocó a su lado: se hallaba muy preocupado.

En un momento en que la orquesta acompañaba a la representación, Cárlos dijo a la joven, que también estaba pensativa:

—Deseo hablar a V. y la suplico que me indique la hora.

Ella se estremeció, miróle con fijeza y contestó:

—Mañana, al medio día, estaré en la fonda.

Cárlos pasó el resto de la noche y las primeras horas del siguiente día en un estado de constante agitación.

A las doce fué recibido por Esmeralda, en su cuarto de la fonda. La joven se hallaba muy conmovida y sólo pudo indicarle con un ademán que se sentara.

—Señorita,—dijo el marqués con acento firme y tembloroso a la par,—vengo a dar cerca de V. un paso muy grave: mas espero que me comprenderá cuando me haya oído.

Esmeralda no contestó.

—M. Lambé me ha contado el modo que tuvo de encontrar a V. y la manera con que V. abandonó su compañía, reclamada por su padre. ¿Es exacto todo esto?

—Sí señor.

—¿Es igualmente verdad que estando su padre de V. arruinado y ausente, V. no ha querido ser gravosa a una parienta pobre, lo cual fué motivo para que volviera a seguir la profesión a que se ha dedicado desde la infancia?

Esmeralda titubeó; después dijo:

—Es verdad.

—Pues bien, señorita, yo no tengo familia allegada, mi fortuna es mediana. ¿Quiere V. ser mi esposa?

—¿Por qué me ha dicho V. que no tiene familia allegada?—preguntó Esmeralda mirándole frente a frente.

El marqués bajó los ojos.

—Voy a decirselo a V.,—repuso la joven,—porque a tener familia allegada, V. no se casaría con una *coiffeuse*.

—He querido decir,—replicó Cárlos,—que mi familia no podrá, por causa de preocupaciones de que yo no participo, criticar un enlace que labrará mi dicha.

—Sin embargo, señor marqués de Valdecarrizo, si V. lo olvida, yo debo acordarme de que soy una volatinera.

—¿Pero bien?...

—Rehusó el honor que V. trataba de dispensarme.

—¿Rehusa V., me rechaza? ¡Oh! ¡V. debe tener otros motivos!

—Sí,—dijo Esmeralda haciendo un esfuerzo.—Tengo uno, y es que no quiero renunciar a mi oficio.

—Ayer mismo decía V. que ese... oficio la causaba muchos disgustos.

—Es cierto, pero también tiene sus compensaciones, como todas las cosas de la vida. ¿Cree V.—prosiguió con una exaltación ficticia,—que no hay encanto y satisfacción suprema en oír los aplausos de la multitud, gozando al mismo tiempo de las emociones del peligro arrojado y vencido?

Cárlos se iba poniendo pálido.

Esmeralda se levantó bruscamente, tomó la mano del marqués, se la estrechó con suavidad y dijo:

—Separémonos como buenos amigos. Con el tiempo V. me olvidará.

—Yo no olvido nunca,—replicó él con acento indefinible.

Permanecieron silenciosos durante algunos instantes. Esmeralda,—repuso el marqués, poseído de vivísima emoción,—amo a V. hasta el punto de morir y he creído que V. me correspondía. Prométame pensar lo mejor, no me rehuse V. la felicidad, tal vez por orgullo. Esta noche al terminarse la función, ruego a V. que me haga saber su resolución definitiva.

Dichas estas palabras, inclinó la cabeza sin acertar a decir nada, y tal vez por evitar una negativa por parte de la joven, se alejó precipitadamente.

IX

Por la noche, cuando después de la representación salían del circo los artistas, el marqués dijo a Esmeralda:

—Me permitirá V. acompañarla; supongo que ya habrá reflexionado.

Ella tomó su brazo, y seguidos por el criado inglés comenzaron a andar lentamente por el paseo del Gran Capitán.

—He reflexionado, en efecto, señor marqués,—dijo Esmeralda con acento casi alegre,—y hé aquí el resultado de mis reflexiones. V. pertenece a una familia ilustre y caballeresca y debe saber que en los tiempos de la caballería las damas sometían a sus caballeros a pruebas de constancia y abnegación. Unas veces les enviaban a pelear contra los sarracenos, otras a encadenar a algún gigante en una selva encantada y no pocas a hacer penitencia en el yermo, como Amadis de Gaula....

—Exíjame V. las pruebas que quiera,—interrumpió Cárlos con vehemencia.

—Las que son compatibles con esta época prosaica.

—Diga V.

—Si consiente V. en contratarse en la compañía de M. Lambé y si después de haber compartido conmigo esta vida errante y azarosa, persiste V. en su resolución respecto a mí, accederé a lo que me demanda.

—¿Y con qué título podré contratarme?—preguntó el marqués, suponiendo que Esmeralda se chanceaba.

—El título no hace al caso. No se le exigirán a V. imposibles. V. es demasiado caballista para poder dar lecciones de equitación en las poblaciones en donde nos detengamos, y en caso necesario, puede reemplazar al apoderado de la compañía, que no goza de buena salud.

—¿De modo, que seré yo el que salude tres veces al público y después le anunciaré el espectáculo del día siguiente?

—Precisamente, V. será el que diga «Señoras y caballeros: mañana grande y brillante representación compuesta de ejercicios variados etc., etc.» Como V. comprende, esto no es muy difícil.

—¿Pero habla V. con formalidad?

—Con toda formalidad,—contestó Esmeralda con acento firme, pero volviendo la cabeza.

—Está bien: acepto el convenio. Mañana temprano hablaré con M. Lambé.

—No, temprano no. Preveo dificultades, tendríamos un disgusto y quiero trabajar por la noche con mis nervios tranquilos. Entiéndase V. con él después de la función.

—Lo haré así.

Habían llegado a la puerta de la fonda.

—Adiós, marqués, hasta la vista,—dijo la joven estrechándole la mano.

—¡Hasta mañana!—y Cárlos besó respetuosa y tiernamente la mano que tenía entre las suyas.

X

Cárlos se explicaba la extraña exigencia de su amada.

—Siente,—se decía,—el orgullo de su inferioridad social respecto a mí. Teme que mi resolución sea el arrebato de un momento, quiere poner a prueba mi cariño y darme tiempo para pensar friamente. Además, hay en ella un enigma que no acierto a explicarme.

Pasó el día siguiente lleno de impaciencia y de zozobra. La decisión era terminante, amaba con verdadera pasión y se creía amado; tenía fe en la rectitud del carácter de Esmeralda; y sin embargo, experimentaba una inquietud vaga y dolorosa, un presentimiento de una desgracia próxima.

Después de almorzar, por distraerse de su agitación, montó a caballo y se fué a cazar, o más bien a vagar por la falda de la sierra.

Volvió a su casa al anochecer, comió y se dirigió al circo ecuestre.

Entrando, según costumbre, por la puerta de los vestuarios, vió al director dando disposiciones para la función, que aún no había comenzado, y se dirigió a él.

M. Lambé hablaba con voz seca y estridente; en su aspecto había algo extraordinario. Al ver al marqués, su semblante se contrajo. Este había prometido a Esmeralda no decirle nada, hasta después de la representación, y se limitó a saludarle.

El director sin devolverle el saludo le dijo:

—No esperaba ver a V. esta noche, le suponía más dulcemente ocupado.

Estas palabras y la expresión de despecho é ironía con que fueron pronunciadas, sorprendieron a Cárlos.

—No comprendo lo que quiere V. decir, M. Lambé.

—Le suponía a V. al lado de su amada, que V. me ha escamoteado.

El marqués se estremeció.

—¿Qué significa esa palabra, M. Lambé? ¿A quién he escamoteado yo? Explíquese V.

—Caballero, tengo prisa, la función va a empezar, en el intermedio nos veremos.

El marqués quedó solo. Pensaba en las extrañas palabras del director, observaba cierto aire de desaliento en los artistas que entraban ó salían de sus cuartos. Presentía algo inusitado.

Deseaba preguntar por Esmeralda y no se atrevía.

Se acercó a los pesebres, en donde estaban los caballos de esta, y exhaló un suspiro de satisfacción al ver a *P. risco* y *Orion*.

Salían al circo, que estaba casi desierto. Los artistas trabajaban como de mala gana. Entónces se le ocurrió una idea; fué a ver el cartel fijado en la parte exterior; en él no se anunciaba ningún trabajo de Esmeralda; en cambio en una larga nota el director y los artistas se despedían del público cordobés.

Esto no le sorprendió, pero sí lo primero. ¿Cómo no tomaba parte Esmeralda en la última función?

Se decidió a preguntar por ella al primero que encontrase perteneciente a la compañía; mas, como empezaba el intermedio, determinó ver a M. Lambé. Halló a éste en la entrada de las cuadras dando órdenes a los mozos.

—Héme aquí, M. Lambé,—dijo Cárlos aproximándose—espero que me explicará sus anteriores palabras.

—Usted es quien debe explicarme la extraña desaparición de Esmeralda, pues no creo a V. ajeno a ella.

Al oír estas palabras el marqués sintió como un golpe en el corazón. Quiso hablar y no pudo; por fin se repuso y exclamó:

—¿La señorita Esmeralda ha desaparecido?...

—Caballero, no divaguemos. Yo no tengo derechos

sobre ella, es cierto; pero no merecía este abandono. Ella ha obrado mal, pero V. peor; pues, a juzgar por su conducta, no procede V. con rectitud.

Mediaron explicaciones. El director se convenció de la buena fe del marqués, y le refirió cómo Esmeralda había partido a las dos de la tarde en el tren-correo de Madrid, dejando escrita una carta cariñosa y lacónica en que se despedía de él *quizá para siempre*, y le regalaba los dos caballos *Orion* y *Persco*.

XI

Durante mucho tiempo Cárlos permaneció en ese estado inconsciente en el que es difícil definir las sensaciones.

Quando recobró la facultad de coordinar sus ideas, sondeó su corazón y le halló más lleno que nunca del amor y de la imagen de Esmeralda. Adivinó toda la extensión del sacrificio que ésta se había impuesto, amándole y huyendo de él. Esperaba un indicio, un rastro para encontrarla; y sentía una vaga esperanza de que si él no conseguía ir a ella, ella, más pronto ó más tarde, vendría a él.

Un día, después de cazar hasta por la noche, halló en su casa una carta que le sobresaltó, porque tenía el sello de Inglaterra; pero antes de abrirla sonrió tristemente al notar que el sobre estaba sellado con un escudo de armas y escrito con letra que parecía de hombre.

La carta decía así:

«Señor marqués de Valdecarrizo: durante la invasión francesa en España, mi abuelo mandaba el tercer regimiento irlandés que formaba parte del ejército auxiliar de la Gran Bretaña. En el desembarco sobre San Sebastian, los ingleses y los patriotas españoles fueron rechazados por los franceses. Mi abuelo cayó herido cerca de la playa, y hubiera muerto ó por lo ménos hubiera sido hecho prisionero, sin la intervención de uno de vuestros ascendientes (no puedo precisar cuál sea) que a riesgo de su vida le condujo en hombros hasta la ensenada en donde los botes ingleses esperaban el resultado del desembarco.

«Tales servicios, señor marqués, no se olvidan nunca y mi familia tiene la tradición de la gratitud respecto a la vuestra. Mi padre escribió al vuestro como yo lo hago ahora, ofreciendo cuanto valemus y poseemos. Mi hermano primogénito tal vez no ha cumplido este sagrado deber respecto a vos por causa del corto tiempo que llevó el título de nuestra casa. Yo, desgraciadamente, le he heredado, y habiéndome informado de vuestra residencia, me dirijo a vos para expresaros mi agradecimiento de raza.

«Me permito, además, pedir un gran favor. Tengo entendido que sois joven y aún no estáis constituido en familia. ¿Queréis proporcionarme la inmensa satisfacción de daros hospitalidad, durante una temporada, en mi castillo de Mac-Donall? Si mi avanzada edad y mis achaques no me lo impidieran, yo iría a esa noble tierra de España para estrechar la mano de un Valdecarrizo.

«Ruégooos que aceptéis mi invitación, teniendo presente que es, no sólo el deseo, sino que también la súplica de un anciano.

«Condado de Clarc—Castillo de Mac-Donall—*Lord Mac-Donall*.»

Después de haber leído esta carta, el marqués recordó efectivamente haber oído hablar a su padre, con referencia a su abuelo, del desembarco de San Sebastian.

El calor era insoportable en Córdoba y nada le detenía en ella. Resolvió, pues, acudir a la invitación que se le hacía. Además, experimentaba una secreta satisfacción en ir a Inglaterra, donde tal vez podría saber algo respecto a Esmeralda.

Durante el viaje, pensó incesantemente en la excéntrica artista: con la contrariedad de la separación su amor había aumentado, si esto era posible. La imagen de la joven amazona se le presentaba rodeada de todos los prestigios; ¡cuánto valía aquella niña abandonada y pobre que rehusaba un enlace para ella ventajosísimo, por motivos de la más refinada delicadeza! ¡Qué corazón de gran señora revelaba el regalo de los dos caballos hecho a M. Lambé, caballos magníficos que por sí solos constituían una pequeña fortuna!

El marqués, después de detenerse algunos días en Londres para admirar aquel planeta (que no ciudad), se trasladó al condado de Clarc en Irlanda, residencia de Lord Mac-Donall.

(Continuará)

LA BELLEZA

Cada uno tiene en el mundo su manera de ver las cosas, como cada uno tiene su manera de andar, de decir, su eco de voz, sus virtudes, sus debilidades y sus vicios; cada uno tiene sus simpatías y sus antipatías; en una palabra, sus gustos, y entre ellos, el refrán lo asegura, los hay que merecen palos.

Esto no obsta para que ingenuamente confesemos que el tener buen gusto no es cualidad más apetecible para vivir con dicha, y para llegar a ser hombre de provecho, durante la peregrinación que la criatura ha de hacer, bajo pena de muerte, por este valle de lágrimas.

Por más que sea cosa sabida que de gustos nada hay escrito, lo cierto es que yo estoy muy ufano del mío, como cada uno del suyo, y digo yo, y no nosotros, porque conozco cosas y personas que les caen en gracia a mis compañeros, por cuyo delito los condenaría de buen grado una y mil veces a lo que el refrán consigna que son acreedores los que tienen mal gusto.

¡Cuántas veces he pensado en el inmenso caudal, en el gran tesoro que se le entra por las puertas al dichoso mortal que no tiene eso que ahora podríamos llamar *aspiración*.



APACENTANDO UN REBAÑO, dibujo por B. Galofre

ciones estéticas en el espíritu. ¡Ahí es un grano de anís! ¡Cuántas veces hubiera yo hecho fortuna, si no tuviera esta profunda aversión á todo lo feo! y sin embargo, ¡cuántas cosas feas me han sucedido! ¡en cuántas ocasiones habré yo estado, si es que no lo estoy siempre, capaz de asustar á los niños, y en disposición de que á mi lado pareciera hermoso el mismo Picio en cuerpo y alma!

Hé aquí el destino del mísero mortal que tiene en su organización ese pícaro vicio de amar la hermosura en todas sus manifestaciones y desenvolvimientos; estará siempre, ó casi siempre, en feo, por pasar la vida soñando y buscando todo género de bellezas.

Si yo no hubiera amado desde niño á las mujeres bellas, ¡quién sabe si todavía tendría aquellas angélicas ilusiones que saqué del colegio, y que constituyen la mayor belleza del alma! Hé aquí, pues, la primera belleza que he sacrificado en aras de la belleza misma. Si yo hubiera sido capaz de amar á una fea, estaría ahora, ¿quién sabe? hecho un palomito, casado, condecorado, y tendría coches, caballos y galas, y andaría por ahí hecho un duque, en vez de ganarme, ya viejo y feo, tristemente el sustento, escribiendo filosofías extravagantes. Si siquiera hubiese yo tenido disposición natural para requebrar y adular á una suegra antiluviana, gorda y rechoncha, con sus mofletes colorados, sus tirabuzones postizos y su ambiente de señora mayor, ¿quién sabe si hubiera llegado á ser el predilecto de una niña hermosa, pura, angelical y bella, como la finge el deseo?

Pero échese V. por esos mundos de Dios á buscar fortuna, sin más tesoro ni más armas que mi naturaleza antitética á toda fealdad, de todo género y clase.

Desde niño he tenido una gran envidia á los poetas, porque ellos cogen el papel y se despachan á su gusto. Allí depositan la belleza que su alma atesora, y á fuerza de gastarla, pueden quitarse tan incómodo estorbo; pero los desdichados que no saben ó no pueden hacer versos, y están picados de la víbora de la poesía, esos padecen una enfermedad verdaderamente incurable.

No encontrarán sastrero que los vista, por no probarles y reprobárselos veinte veces cada cosa; ni sombrerero que no los odie por no saber cómo atinar con la forma del sombrero; ni cocinero que les sirva, por no saber cómo presentarles el plato; ni camisero que pueda dar en el busilis del cuello; ni criado que acierte con la colocación estética de los muebles del cuarto; ni lavandera tan primorosa que no aje el chaleco ó saque poco lustre y blancura á la camisa; ni ayuda de cámara, si su posición social se lo concede, que convierta en nítido espejo sus charoladas botas. Y si el amante de la belleza pudiera ser rico, entonces, ¡cielos santos! ¿cuánto le durara su fortuna? Cuadros, caballos, libros, estatuas, carruajes, armas, perros de caza, la quinta, el estanque, y el soto, y los caballos de carrera, y el palacio, y socorrer á los amigos pobres, y la belleza de una obra de caridad... ¿Y cómo no tener amores con una artista, con esas mujeres privilegiadas que centuplican su hermosura con su inspiración, con su talento, con su gloria, con su fama, y...? ¡Oh alma bella! que te arrojen los tesoros de todos los Cresos de la tierra, que tú darás de ellos cumplida cuenta.

Pero todo en el mundo tiene justa compensación: ahí quedan, sino, los placeres puros del amor; del amor delicado, sublime, que es y ha sido, y será siempre, la primera necesidad de toda alma bella.

Esta observación es verdaderamente consoladora. ¡Ya se ve, si uno pudiera amar sin amar á nadie! ¡Si los tesoros de ternura de que el amor se alimenta se quedasen en uno mismo! ¡Si no fuera condición precisa depositarlos en otro ser que correspondiese con la misma ternura... pero sin más tesoro que un alma delicada y un amor puro! Busca, busca amores.

¿Has visto esa criatura angelical, en cuyo rostro candoroso están retratadas todas las virtudes? Pues arrójate á sus pies, y sin más mérito que un alma bella, dile:—Yo te adoro.

¿Has visto esa mujer noble y elegante en cuyos ojos se retrata el vivo fuego de una pasión ardiente? Ella todo lo posee, aristocracia, riqueza, hermosura, talento, sólo le falta quien la ame como ella se merece. Pues arrójate á sus pies, sin más mérito que un alma bella, y dile:—Yo te adoro.

¿Has visto esa madre cariñosa cuyo único deseo es que su hija encuentre un compañero capaz de hacerla feliz, y á quien pueda dejarle encomendado aquel pedazo de sus entrañas el día que cierre los ojos por última vez? Pues pídele la mano de su hija, diciéndole:—No tengo más mérito que mi alma bella que la adora.

En fin, ¿has amado alguna vez, has escuchado las frases ardientes del amor correspondido, has aspirado el aliento perfumado de la mujer que adorabas, has tenido en tus manos la cabeza hermosa del ser querido, has jugado con sus cabellos, has visto reflejarse la llama de tu amor en el espejo de sus ojos, y sobre todo, has creído que te amaban? Pues si algo de esto te ha pasado, piensa si el recuerdo que de tanto bien guardas es bello; recorre tu memoria, y dime si no te dijo nunca una frase que desgarrara tu corazón, si encontraste en ella siempre aquellas condiciones que tú soñabas, si no te mostró más de una vez el egoísmo en toda su brutal fiereza, si no tuviste celos, si no lloraste desengaños. Y si no has pasado por tan triste trance, el cielo te guarde, porque tú podrías ser feliz, porque en tu alma no existe el grave inconveniente.

La aspiración de lo bello, enfermedad estúpida, ridícula, condición inseparable de los tontos, en el siglo en que vivimos, manía que puede llevarte á la casa de locos, pero que no te llevará nunca á las puertas de la fortuna; que tal vez ponga en tu mano la pluma de los genios, pero nunca la belleza que conoce y aplaude el mundo. Y cuando aprendas á conocer para lo que la belleza del alma sirve, pasarán á tu lado los que, sin alma bella, arrastran coches, y visten galas, y poseen riquezas, y todo el mundo encontrará en ellos la belleza que los tontos con alma bella andan buscando.

Si una voluntad omnipotente y divina me dijera que pidiese cuanto á la felicidad de la vida pudiera conducirme, le contestaría que en vez de darme algo, me arrebatase lo que en el alma me estorba, y entonces, sería completamente feliz.

E. DE LUSTONÓ

LA CIENCIA ANTIGUA

LOS VEINTE TRÍPODES DE VULCANO

Refiere Homero, en el libro XVIII de su *Iliada*, cómo después de la muerte de Patroclo, y al ver que Aquiles estaba resuelto á vengar á su amigo, fué Tétis al palacio de Vulcano á suplicarle que fabricase para su hijo un fuerte escudo, un morrión con su correspondiente penacho, una finísima cota y unas hermosas grebas de las que se abrochan en el tobillo á modo de guerreras polainas. Todo lo cual era preciso, porque Patroclo habíase llevado las armas del hijo de Peleo y al perder la vida había perdido toda la armadura de Aquiles.

Llegó, sigue diciendo Homero, la diosa Tétis á la morada del ínclito Vulcano; maravilloso palacio de duración eterna, hecho todo de bronce, brillante como si fuese un astro, superior por su hermosura á todos los palacios de los otros dioses, y que por la propia mano del divino herrero había sido fabricado. Encontró la hermosa nereida al Nímen de las fraguas, cubierto de sudor y muy afanado alrededor de los fuelles, porque estaba fabricando á la vez veinte trípodes que, puestos contra la pared y abandonados á su propio impulso, pudiesen por sí mismos entrar en el salón de juntas de los inmortales, volviendo después á donde estaban primero sin dirección ni esfuerzo ajenos.

En esta forma traduce Herosilla el pasaje que acabamos de citar.

Entrando en el palacio del ínclito Vulcano, dice el traductor,

...De sudor cubierto hallóle Tétis, y agitado en torno corriendo de los fuelles; porque entonces trípodes veinte á un tiempo fabricaba que á la pared á veces arrimados del magnífico alcázar, por sí mismos en el régio salón entrar pudiesen en que se juntan los eternos dioses y volver otra vez á donde estaban; ¡admirable prodigio! Les pusiera con este fin debajo de su fondo ruedas de oro macizo. Solamente las asas no añadiera; pero entonces las preparaba y en el duro yunque machacaba los clavos que debían afirmarlas. En tanto que afanoso él trabajaba con destreza suma, llegó Tétis, y vióla desde lejos la hermosa Cárís, que las rubias trenzas con la corona entonces sujetaba.

La creación de los veinte trípodes automotores se ha considerado por mucho tiempo como una de tantas imaginaciones del poeta, pero M. Rochas, en la obra que ya en otro artículo hemos citado, da noticias interesantes y curiosas acerca de este ingenioso invento de la clásica antigüedad.

Segun parece, Apolonio vió dicha singularísima clase de vehículos en la India; Platon hace referencia á varios

mecanismos de este género contruidos por Dédalo; Macrobio afirma que existían en Anzio (puerto del mar Tirreno) estatuas que se movían por sí mismas; Aristóteles habla de muchos autómatas que había tenido ocasión de observar, y en uno de sus libros sobre Política, consigna esta profética reflexión: «Si cada instrumento pudiese por sí mismo, y en cumplimiento del mandato de su dueño, trabajar como las estatuas de Dédalo y los trípodes de Vulcano, es lo cierto que no habría necesidad de esclavos.»

Por último, Heron en su tratado sobre los autómatas (tratado que M. Prou ha traducido y publicado en parte en las Memorias de la Academia de inscripciones del año 1881), describe el mecanismo en cuestión, que es en extremo ingenioso y sumamente sencillo.

Consiste en un cajón tan ligero como sea posible y montado sobre tres ruedas: dos de ellas, unidas sólidamente á un eje, son las ruedas motrices; la tercera, que es más pequeña y va delante, sirve únicamente para sostener el mecanismo y dirigir su movimiento. Por lo demás, claro es que el suelo ha de ser horizontal y plano y ha de estar desembarazado de todo obstáculo.

Veamos ahora cómo se comunica el preciso movimiento de rotación á las ruedas, cómo se calcula el tiempo que ha de quedar inmóvil el trípode y de qué suerte se consigue un movimiento de retroceso de todo el aparato; porque tales eran las condiciones mecánicas de los veinte trípodes que la diosa Tétis encontró en las fraguas del inmortal Vulcano.

Allí, según parece, subía sobre cada trípode un dios: entraban todos, como si dijéramos, en el salón de sesiones: deteníanse el tiempo de antemano calculado y dispuesto por Júpiter, y al concluir el plazo concedido á cada inmortal, que quisiera ó no quisiera, llevábaselo fuera el trípode móvil, dando fin á su intervencion en el olímpico debate.

El aparato motor, que, como hemos dicho, es en extremo sencillo, se compone de los siguientes elementos.

Un tubo vertical.

Un diafragma horizontal, que lo divide en dos partes ó capacidades, una superior, otra inferior y que lleva un agujero en el centro.

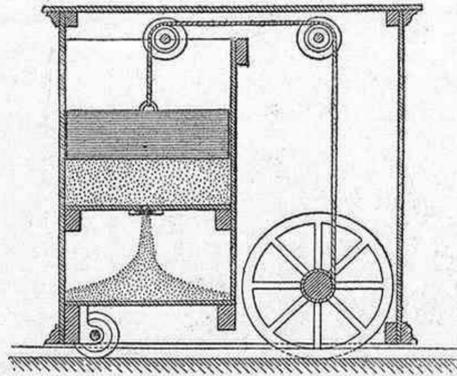
Y un contrapeso de plomo que entra en la capacidad de arriba.

Llenando gran parte de esta, entre el contrapeso y el diafragma, se echan granos de mijo ó de cualquier sustancia análoga, con tal que sean pequeños, lustrosos,

para que no rocen y resbalen fácilmente unos contra otros, y de la necesaria resistencia para que no se aplasten.

Esta capa móvil de granillos, oprimida por la masa de plomo, sale por el orificio inferior del diafragma con bastante lentitud y regularidad, y cae en la parte inferior del tubo: es una cosa parecida á los relojes de arena.

Tenemos, por una parte, las ruedas motrices dispuestas á funcionar; tenemos, por otra, en el interior del tubo, el contrapeso de plomo que uniformemente desciende; y basta para transformar este movimiento rectilíneo en otro de rotación, hacer que parta de la masa motriz una cuerda, dirigirla por dos poleas, y rodearla en uno ú otro sentido muchas veces alrededor del eje de las ruedas motrices.



MECANISMO QUE PONIA EN MOVIMIENTO EL TRÍPODE DE VULCANO

El peso de plomo tirará de la cuerda; la cuerda hará girar al eje; con el eje girarán las ruedas motrices y engranando por el rozamiento con las asperezas del suelo, como las ruedas de una locomotora engranan con los carriles, harán avanzar al trípode como la locomotora avanza, en la dirección que la rueda de delante vaya marcando sobre el terreno.

Tenemos explicado el movimiento de avance: los dioses han penetrado en el Olimpo cada uno en su carretoncillo ó trípode correspondiente.

Ahora es preciso, que el aparato se detenga, y después es indispensable, que trascurrido cierto tiempo retroceda y se marche por donde vino con su divina carga.

Ambos efectos se consiguen, según explica Heron, de la siguiente manera.

Imaginemos que la cuerda de que ántes hablamos, se divide en cierto punto en dos ramales ó cuerdas de distintas longitudes; que una de ellas se enrolla, como hemos dicho, sobre el eje motor sujetándose al mismo su estremidad por un simple lazo enganchado en un clavo ó tope; y que el otro ramal, sujeto también al eje, queda flojo y colgante. Es claro, que á medida que la primera cuerda se desarrolle, se enrollará la segunda en sentido contrario, quedando de este modo dispuesta para el movimiento de retroceso.

Ahora bien, cuando la primera cuerda se acaba, el lazo sale del tope; y su acción sobre las ruedas motrices cesa por completo; y el carro se detiene. Si las dos cuerdas fuesen iguales, en este mismo instante empezaría el movimiento de retirada y el dios transportado no haría más que presentarse, saludar á la celeste asamblea y salir. Pero si las cuerdas tienen longitudes distintas; si al desprenderse la primera, no se ha enrollado por completo la segunda y una parte de ella no se halla en tensión, el trípode se detendrá; y se detendrá tanto más tiempo cuanto más larga sea la longitud sobrante.

Júpiter podía calcular perfectamente el tiempo concedido á cada Dios para que esplayase su pensamiento. Los discursos celestiales podían medirse por pies, por estadios, y por kilómetros hubiera podido medirlos Homero, si en su tiempo se hubiera conocido el metro.

Es más; si el ordenador del Olimpo calculaba, que tal momento de la discusión era peligroso, podía de antemano disponer las ocultas cuerdas de los trípodes con tales longitudes, que en un mismo punto y hora saliesen disparados los veinte carricoches por las veinte puertas del cielo, llevándose á las veinte batalladoras deidades cuyos gritos se perderían á lo lejos ahogados por el rechinar de las ruedas y el traqueteo del vehículo.

Y en efecto, cuando toda la longitud sobrante de la segunda cuerda estuviese enrollada al eje, si la acción del contrapeso continuaba, cambiaría el sentido de la rotación y el movimiento de retroceso comenzaría al punto.

Tal es una de las disposiciones de los autómatas á que Homero se refiere sin duda alguna en el pasaje citado; porque es lo cierto que para ser todo ello coincidencia ó casualidad, son muchas las casualidades y las coincidencias.

JOSÉ ECHEGARAY



EL CHARLATAN, copia de un cuadro de B. Ferrandiz

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON